

Simone de
Beauvoir

Las inseparables



Una novela inédita, muy íntima, de la gran autora francesa ganadora del Premio Goncourt e icono del feminismo.

Escrita en 1954, cinco años después de la publicación de *El segundo sexo*, *Las inseparables* narra la amistad apasionada que une a Sylvie y a Andrée —*alter ego* de la propia Simone de Beauvoir y de Élisabeth Lacoïn (Zaza)— desde que con nueve años se conocen en la escuela. Andrée es alegre, inteligente y atrevida, y Sylvie, una niña formal que se siente irremediabilmente atraída por su personalidad arrolladora. Juntas aprenderán a librarse de las convenciones y las expectativas asfixiantes de su entorno, ignorantes del trágico precio que tienen la libertad y la ambición intelectual y existencial. Una historia catártica para la autora, tal vez demasiado reveladora para publicarla en vida, cuya recuperación —junto con algunas fotografías y cartas que sirven de testimonio— constituye un acontecimiento literario.

Para Zaza

Si tengo esta noche los ojos llenos de lágrimas, ¿es porque ha muerto usted o porque yo estoy viva? Debería dedicarle esta historia, pero sé que no está ya en ninguna parte, y si me dirijo a usted aquí es como un artificio literario. Por lo demás, esta no es de verdad su historia, sino solo una historia inspirada en nosotras. Usted no era Andrée y yo no soy esa Sylvie que habla en nombre mío.

© Association Elisabeth Lacoïn

1

A los nueve años, yo era una niña muy formalita; no siempre lo había sido; en mi primera infancia, la tiranía de los adultos me causaba unas agonías tan furibundas que una de mis tías dijo un día, muy en serio: «Sylvie está poseída por el demonio». La guerra y la religión pudieron conmigo. Di pruebas enseguida de un patriotismo ejemplar al pisotear un muñeco llorón de celuloide «made in Germany» que, por lo demás, no me gustaba. Me informaron de que dependía de mi buen comportamiento y de mi devoción que Dios salvase Francia: no podía escurrir el bulto. Paseé por la basílica del Sacré-Cœur con otras niñas tremolando oriflomas y cantando. Empecé a rezar muchísimo y le cogí el gusto. El padre Dominique, que era el capellán del colegio Adélaïde, me animó en mi fervor. Con un vestido de tul y tocada con una cofia de encaje de Irlanda, hice la comunión en familia: a partir de ese día pudieron ponerme de ejemplo a mis hermanas pequeñas. El cielo me otorgó que a mi padre lo destinasen al Ministerio de la Guerra por insuficiencia cardíaca.

Aquella mañana, sin embargo, estaba fuera de mí; era el primer día de clase: no veía la hora de volver al colegio, a las clases solemnes como misas, al silencio de los pasillos, a la sonrisa enternecida de las profesoras; llevaban falda larga y el cuello de la blusa muy cerrado, y desde que parte del centro se había convertido en hospital, vestían con frecuencia de enfermeras; bajo el velo blanco maculado de rojo parecían santas, y yo me emocionaba cuando me estre-

chaban contra el pecho. Me tomé a toda prisa la sopa y el pan integral que habían sustituido al chocolate y los *brioche*s de antes de la guerra y esperé impaciente a que mamá acabase de vestir a mis hermanas. Llevábamos las tres un abrigo azul horizonte, como los uniformes del ejército, confeccionados con auténtico paño del que usaban los oficiales y con el corte exacto de los capotes militares.

—Fíjense, hasta tienen una trabillita —les decía mamá a sus amigas, admirativas o extrañadas.

Al salir a la calle, mamá cogió de la mano a las dos menores. Pasamos tristemente por delante del café La Rotonde, que acababa de abrir, con gran revuelo, debajo de nuestro piso y que era, por lo que decía papá, un antro de derrotistas: esa palabra me intrigaba: «Son personas que creen que Francia sufrirá una derrota —me explicaba—. Habría que fusilarlos a todos». Yo no lo entendía. Lo que creemos no lo creemos aposta: ¿se puede castigar a alguien porque se le ocurran ideas? Los espías que daban a los niños caramelos venenosos, los que, en el metro, pinchaban a las mujeres francesas con agujas envenenadas estaba claro que merecían la muerte, pero los derrotistas me tenían perpleja. No probé a preguntarle a mamá: siempre contestaba lo mismo que papá.

Mis hermanas pequeñas no andaban deprisa; la verja del Luxemburgo me pareció interminable. Por fin crucé la puerta del colegio, subí la escalera balanceando alegremente la cartera llena de libros nuevos; reconocí el leve olor a enfermedad que se mezclaba con el olor a encáustico de los pasillos recién encerados; algunas vigilantes me besaron. En el vestuario me encontré con mis compañeras del curso anterior; no tenía amistad con ninguna en particular, pero me gustaba el ruido que hacíamos todas juntas. Me demoré en el vestíbulo principal, ante las vitrinas llenas de antiguallas muertas que estaban allí acabando de morir por segunda vez: a las aves disecadas se les caían las plumas, las plantas secas se desmenuzaban, las conchas per-

dían lustre. Sonó la campana y entré en el aula Sainte-Marguerite; todas las aulas se parecían. Las alumnas se sentaban alrededor de una mesa ovalada cubierta de hule negro, que la profesora presidía; nuestras madres se acomodaban detrás y nos vigilaban mientras tejían pasamontañas. Me encaminé hacia mi taburete y vi que el de al lado lo ocupaba una niña desconocida, morena y con la cara chupada, que me pareció mucho más pequeña que yo; tenía unos ojos oscuros y brillantes que se me clavaron con intensidad.

—¿Es usted la mejor de la clase?

—Soy Sylvie Lepage —dije—. ¿Cómo se llama?

—Andrée Gallard. Tengo nueve años; si parezco más pequeña es porque me quemé viva y porque he crecido poco. Tuve que dejar los estudios un año, pero mamá quiere que recupere ese retraso. ¿Podrá prestarme sus cuadernos del año pasado?

—Sí —dije.

El aplomo de Andrée, su forma rápida y precisa de hablar me desconcertaban. Ella me pasaba revista con expresión desconfiada:

—Mi compañera me ha dicho que era usted la mejor de la clase —dijo, señalando a Lisette con un leve ademán de la cabeza—. ¿Es verdad?

—Muchas veces soy la primera —dije con modestia.

Miré atentamente a Andrée; el pelo negro le caía, lacio, alrededor de la cara; tenía una mancha de tinta en la barbilla. No todos los días se conoce a una niña que se ha quemado viva; me habría gustado hacerle un montón de preguntas, pero ya entraba la señorita Dubois, barriendo el suelo con el largo vestido; era una mujer vivaz y bigotuda a quien yo respetaba mucho. Se sentó y pasó lista; alzó la vista hacia Andrée.

—Y bien, querida niña, ¿no estamos demasiado intimidadas?

—No soy tímida, señorita —dijo Andrée con voz tranquila, y añadió, amablemente—: Y además, usted no es intimidante.

La señorita Dubois titubeó un momento, luego sonrió bajo el bigote y siguió pasando lista.

La salida de clase transcurría según un rito inamovible; la señorita se apostaba en el vano de la puerta, y daba la mano a todas las madres y un beso en la frente a las niñas. Le puso una mano en el hombro a Andrée.

—¿Nunca ha asistido a clase?

—No; antes estudiaba en casa, pero ahora ya soy demasiado mayor.

—Espero que siga usted los pasos de su hermana mayor —dijo la señorita.

—Uy, somos muy diferentes —dijo Andrée—. Malou se parece a papá, le encantan las matemáticas; a mí me gusta sobre todo la literatura.

Lisette me dio un codazo; no podía decirse que Andrée fuera impertinente, pero no empleaba el tono adecuado para dirigirse a una profesora.

—¿Sabe dónde está el aula de estudio de las externas? Si no vienen a buscarla enseguida, ahí es donde tiene que quedarse a esperar —dijo la señorita.

—No vienen a buscarme, vuelvo yo sola —dijo Andrée, y se apresuró a añadir—: Mamá ya ha avisado.

—¿Sola? —dijo la señorita Dubois, y se encogió de hombros—. En fin, si su mamá ya ha avisado...

Luego me dio también a mí un beso en la frente y yo fui tras Andrée al vestuario; se puso el abrigo, un abrigo menos original que el mío pero muy bonito: de ratina roja con botones dorados; no era una niña de la calle, ¿cómo la dejaban salir sola? ¿No sabía su madre del peligro de los caramelos emponzoñados y de las agujas envenenadas?

—Andrée, ¿dónde vive usted, guapa? —preguntó mamá según bajábamos la escalera con mis hermanas pequeñas.

—En la calle de Grenelle.

—Bueno, pues vamos a acompañarla hasta el bulevar de Saint-Germain —dijo mamá—. Nos pillará de camino.

—Con mucho gusto —dijo Andrée—, pero no se molesten por mí. —Miró a mamá muy seria—. Somos siete hermanos, ¿sabe? Mamá dice que debemos aprender a arreglárnoslas solos.

Mamá asintió con la cabeza, pero estaba claro que no le parecía bien.

Nada más llegar a la calle, pregunté a Andrée:

—¿Cómo se quemó?

—Asando patatas en una fogata; se me prendió el vestido y se me quemó el muslo derecho hasta el hueso. —Hizo un leve gesto de impaciencia; esa historia antigua la aburría—. ¿Cuándo podré ver sus cuadernos? Tengo que saber qué estudiaron el curso pasado. Dígame dónde vive e iré a su casa esta tarde, o mañana.

Miré a mamá para ver qué le parecía; en el Luxemburgo me prohibían jugar con niñas a las que no conocía.

—Esta semana no puede ser —dijo mamá con embarazo—. Ya veremos el sábado.

—Está bien, esperaré al sábado —dijo Andrée.

Miré cómo cruzaba el bulevar con su abrigo de ratina roja; era realmente muy menuda, pero caminaba con el aplomo de una persona mayor.

—Tu tío Jacques conocía a unos Gallard que eran parientes de los Lavergne, los primos de los Blanchard —dijo mamá con voz pensativa—. Me pregunto si será la misma familia. Pero me parece que unas personas como Dios manda no dejarían a una chiquilla de nueve años andar por ahí.

Mis padres deliberaron mucho rato acerca de las diferentes ramas de las diferentes familias Gallard a las que habían oído mencionar de cerca o de lejos. Mamá pidió información a las profesoras. Los padres de Andrée no tenían con los Gallard del tío Jacques más que unos vínculos muy

remotos, pero eran personas de lo más respetable. El señor Gallard procedía de la Escuela Politécnica, tenía un buen trabajo en Citroën y era presidente de la Liga de Padres de Familia Numerosa; su mujer, de soltera Rivière de Bonneuil, pertenecía a una gran dinastía de católicos militantes y las señoras de la parroquia de Santo Tomás de Aquino lo tenían en mucha estima. Enterada sin duda de las vacilaciones de mi madre, el sábado siguiente la señora Gallard fue a recoger a Andrée a la salida de clase. Era una mujer guapa de ojos oscuros que llevaba un cuello de terciopelo negro cerrado con una joya antigua; conquistó a mamá diciéndole que parecía mi hermana mayor y llamándola «queridita». A mí no me gustaba aquel cuello de terciopelo.

La señora Gallard no tuvo inconveniente en contarle a mamá el martirio de Andrée: la carne cuarteada, las tremendas ampollas, los vendajes con ambrina, los delirios de Andrée, su valentía; un amiguito le había dado, jugando, un puntapié que volvió a abrirle las heridas; ella hizo un esfuerzo tal para no gritar que se desmayó. Cuando vino a casa a ver mis cuadernos, la miré con respeto; tomaba notas con una letra muy bonita y ya formada, y yo pensaba en aquel muslo hinchado bajo la faldita de tablas. Nunca me había pasado algo tan interesante. De repente, tenía la impresión de que nunca me había pasado nada.

Todos los niños a quienes conocía me aburrían; pero Andrée me hacía reír cuando paseábamos entre clase y clase por el patio de recreo; imitaba estupendamente los ademanes bruscos de la señorita Dubois y la voz untuosa de la señorita Vendroux, la directora; sabía, por su hermana mayor, un montón de secretillos del centro escolar; las señoritas estaban afiliadas a la orden de los jesuitas, llevaban la raya al lado mientras no eran más que novicias y en medio cuando ya habían pronunciado los votos. La señorita Dubois, que solo tenía treinta años, era la más joven: había pasado el examen de final de bachillerato el año anterior; unas alumnas mayores la habían visto en la Sorbona, rubori-

zada y trabada en sus faldas. A mí me escandalizaba un poco la irreverencia de Andrée, pero me parecía que tenía gracia y cuando improvisaba un diálogo entre dos de nuestras profesoras yo le seguía el juego. Sus caricaturas eran tan certeras que muchas veces, durante la clase, nos dábamos con el codo al ver a la señorita Dubois abrir un registro o cerrar un libro; en una ocasión, incluso, me entró tal ataque de risa que seguramente me habrían echado de clase si mi comportamiento, en conjunto, no hubiera sido tan edificante.

Las primeras veces que fui a jugar a casa de Andrée me quedé pasmada; además de sus hermanos y hermanas, en la calle de Grenelle había siempre una multitud de primos y amiguitos; corrían, gritaban, cantaban, se disfrazaban, se subían a las mesas, volcaban muebles; a veces, Malou, que tenía quince años y se daba mucho pisto, intervenía; pero enseguida se oía la voz de la señora Gallard: «Deja que se diviertan los niños». Me asombraba su indiferencia ante las heridas, los chichones, las manchas, los platos rotos. «Mamá no se enfada nunca», me decía Andrée con sonrisa triunfal. A media tarde, la señora Gallard entraba sonriente en la habitación que habíamos dejado manga por hombro: ponía de pie una silla y le enjugaba la frente a Andrée: «¡Otra vez sudando!». Andrée se abrazaba a ella y, por un momento, se le transformaba la cara: yo desviaba la vista con un apuro en el que entraban seguramente celos, quizá envidia, y esa especie de miedo que inspiran los misterios.

Me habían enseñado que tenía que querer lo mismo a papá y a mamá: Andrée no disimulaba que quería más a su madre que a su padre. «Papá es demasiado serio», me dijo un día tranquilamente. El señor Gallard me desconcertaba porque no se parecía a papá. Mi padre nunca iba a misa y se sonreía cuando hablaban delante de él de los milagros de Lourdes; le había oído decir que no tenía sino una religión: el amor a Francia. A mí no me molestaba su falta de fe: a mamá, que era muy piadosa, por lo visto le parecía

normal: un hombre tan superior como papá por fuerza debía de tener con Dios relaciones más complicadas que las mujeres y las niñas. El señor Gallard, en cambio, comulgaba todos los domingos en familia; llevaba una barba larga y lentes de pinza, y, en los ratos de asueto, se ocupaba de obras sociales. Su vello sedoso y sus virtudes cristianas lo feminizaban y lo rebajaban a mis ojos. Por lo demás, solo se lo veía en muy pocas ocasiones. Era la señora Gallard la que llevaba la casa. Yo envidiaba la libertad que le dejaba a Andrée, pero, aunque me hablase siempre con la mayor afabilidad, no me encontraba a gusto en su presencia.

A veces Andrée me decía: «Estoy cansada de jugar». Íbamos a sentarnos en el despacho del señor Gallard; no encendíamos la luz para que no nos descubrieran y charlábamos; era un placer nuevo. Mis padres hablaban conmigo y yo con ellos, pero no charlábamos; con Andrée mantenía conversaciones de verdad, como papá con mamá por las noches. Había leído muchos libros durante su larga convalecencia y me asombró porque parecía creer que las historias que referían habían ocurrido de verdad; aborrecía a Horacio y a Polieucto y admiraba a Don Quijote y a Cyrano de Bergerac como si hubieran existido en carne y hueso. En lo tocante a los siglos pasados, era también rotundamente parcial. Le gustaban los griegos y le aburrían los romanos; era insensible a las desgracias de Luis XVII y su familia, y la muerte de Napoleón la conmovía.

Muchas de esas opiniones eran subversivas, pero, por ser tan joven, las señoritas se lo perdonaban. «Esta niña tiene personalidad», decían en el colegio. Andrée se ponía al día de prisa, yo la superaba por los pelos en los exámenes trimestrales y le cupo el honor de copiar dos redacciones suyas en el libro de oro. Tocaba el piano tan bien que la pusieron, de entrada, en la categoría de las medianas; empezó también a estudiar violín. No le gustaba coser, pero se daba buena maña; era competente en la elaboración de natillas, galletas de pastaflores y trufas de chocolate; aunque

no fuera vigorosa, sabía hacer la rueda, el *grand écart* y todo tipo de volteretas. Pero lo que le daba mayor prestigio a mis ojos eran algunos rasgos singulares cuyo significado no supe nunca: cuando veía un melocotón o una orquídea, o sencillamente si los nombraban delante de ella, a Andrée le daba un escalofrío y se le ponía la carne de gallina en los brazos. Entonces se manifestaba, de la forma más conturbadora, ese don que le había concedido el cielo y me tenía maravillada: la personalidad. Me decía en mi fuero interno que Andrée era seguramente una de esas niñas prodigio cuya vida se refiere más adelante en los libros.

La mayoría de las alumnas del colegio se fueron de París a mediados de junio a causa de los bombardeos y de la Gran Berta.

Los Gallard se trasladaron a Lourdes; participaban todos los años en una gran peregrinación; el hijo era camillero, las hijas mayores fregaban los platos con su madre en las cocinas del hospicio; yo admiraba que encomendasen a Andrée esas tareas de persona adulta y la respetaba aún más. Sin embargo, estaba orgullosa del heroico empeñamiento de mis padres; al quedarnos en París, demostrábamos a nuestros valientes soldados que los civiles «aguantaban». En mi clase solo quedamos una mayor muy tonta de doce años y yo, y me sentí importante. Una mañana, al llegar al colegio, las profesoras y las alumnas se habían refugiado en el sótano; en mi casa nos estuvimos riendo de ello durante mucho tiempo. Cuando sonaban las alarmas, nosotros no bajábamos al sótano: los inquilinos de los pisos superiores venían a refugiarse al nuestro y dormían en sofás, en el vestíbulo. Todo aquel barullo me gustaba.

Me fui a Sadernac a finales de julio con mamá y mis hermanas. El abuelo, que recordaba el sitio de París de 1871, se imaginaba que comíamos carne de rata: estuvo dos meses atiborrándonos con pollo y tarta de frutas. Para mí eran

días felices. Había en el salón una estantería llena de libros antiguos con manchas de herrumbre en las hojas: las obras prohibidas las habían relegado a la parte más alta y me permitían rebuscar libremente en las baldas inferiores. Leía, jugaba con mis hermanas y daba paseos. Di muchos paseos ese verano. Caminaba por los castaños hiriéndome los dedos con los helechos; iba cortando por los caminos encajonados ramos de madreselva y de evónimos; probaba las moras, los madroños, los durillos y las bayas ácidas del agracejo; aspiraba el perfume encrespado del alforfón en flor, y me pegaba al suelo para sorprender el aroma íntimo de los brezos. Y luego me sentaba en el prado grande, al pie de los álamos, y abría una novela de Fenimore Cooper. Cuando soplaban el viento, los álamos susurraban. El viento me exaltaba. Me parecía que de un extremo al otro de la tierra los árboles se hablaban y hablaban a Dios; eran una música y una plegaria que me cruzaban por el corazón antes de subir al cielo.

Mis placeres eran innumerables, pero difíciles de contar; solo enviaba a Andrée postales breves; ella tampoco me escribió gran cosa; estaba en las Landas, en casa de su abuela materna; montaba a caballo; se divertía mucho; no iba a volver a París hasta mediados de octubre. No pensaba muy a menudo en ella. En vacaciones casi nunca pensaba en mi vida de París.

Derramé unas lágrimas al despedirme de los álamos: me hacía mayor, me volvía sentimental. Pero en el tren me recordé cuánto me gustaban los comienzos de curso. Papá nos esperaba en el andén con su uniforme azul horizonte, decía que la guerra iba a acabar pronto. Los libros de clase parecían aún más nuevos que los otros años: eran más gruesos, más bonitos, crujían bajo los dedos y olían bien; había en el jardín del Luxemburgo un aroma conmovedor de hojas secas y hierba quemada; las señoritas me dieron efusivos besos y mis deberes de vacaciones se granjearon las máximas alabanzas; ¿por qué me sentía tan infeliz? Por

las noches, después de cenar, me acomodaba en el vestíbulo, donde leía o escribía historias en un cuaderno; mis hermanas dormían, y al final del pasillo papá leía en voz alta a mamá: era uno de los mejores momentos del día. Acababa tumbada en la moqueta roja, sin hacer nada, atontada. Miraba el armario normando y el reloj de madera tallada que encerraba en su vientre dos piñas cobrizas y las tinieblas del tiempo; en la pared se abría la boca del calorífero: a través de la rejilla dorada se notaba la calidez de un soplo nauseabundo que subía de los abismos. Toda esa oscuridad y esas cosas mudas a mi alrededor me dieron miedo de repente. Oía la voz de papá; me sabía el título del libro: *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, del conde de Gobineau; el año anterior era *Los orígenes de la Francia contemporánea*, de Taine. El año siguiente empezaría otro libro y yo seguiría en el mismo sitio, entre el armario y el reloj. ¿Cuántos años, cuántas noches? ¿Vivir era eso, nada más: matar un día tras otro? ¿Iba a estar aburriéndome así hasta la muerte? Me dije que añoraba Sadernac; antes de quedarme dormida dediqué otras cuantas lágrimas a los álamos.

Dos días después supe, como un destello, la verdad. Entré en el aula Sainte-Catherine y Andrée me sonrió: yo sonreí también y le tendí la mano.

—¿Cuándo ha vuelto?

—Anoche.

Andrée me miró con cierta malicia.

—Usted estaba aquí el primer día de clase, claro.

—Sí —dije. Y añadí—: ¿Lo ha pasado bien en vacaciones?

—Muy bien. ¿Y usted?

—Muy bien.

Decíamos trivialidades, como las personas mayores, pero yo me daba cuenta de pronto, con asombro y alegría, de que el vacío de mi corazón, el sabor taciturno de mis días, no tenían sino un motivo: la ausencia de Andrée. Vivir sin

ella ya no era vivir. La señorita de Villeneuve ocupó su cátedra y yo me repetí: «Sin Andrée dejo de vivir». La alegría se me trocó en angustia: pero, entonces, me pregunté, ¿qué sería de mí si se muriera? Estaría sentada en ese taburete, la directora entraría, diría con voz muy seria: «Vamos a rezar, niñas, por vuestra compañerita Andrée Gallard, a quien Dios llamó a su seno la pasada noche». ¡Bueno, pues es muy sencillo!, decidí. Me escurriría del taburete y caería muerta yo también. La idea no me daba miedo porque nos habríamos encontrado en el acto a las puertas del cielo.

El 11 de noviembre celebramos el armisticio en la calle; la gente se besaba. Yo llevaba cuatro años rezando para que llegase ese gran día y esperaba de él pasmosas metamorfosis; me volvían al corazón recuerdos brumosos. Papá vistió de nuevo de paisano, pero no ocurrió nada más; hablaba continuamente de cierto capital del que los bolcheviques lo habían despojado; esos hombres lejanos, cuyo nombre se parecía peligrosamente al de los *boches*, parecían tener unos poderes terribles; y además, ¡cómo se había dejado manipular Foch!: tendríamos que haber llegado hasta Berlín. Papá veía tan negro el porvenir que no se atrevió a volver a abrir su agencia de negocios; encontró trabajo en una compañía de seguros, pero anunció que teníamos que moderar los gastos. Mamá despidió a Éliisa que, de todas formas, se había descarriado —salía por las noches con bomberos—, y se hizo cargo de todas las tareas domésticas; por las noches estaba de mal humor, y papá también; mis hermanas lloraban con frecuencia. A mí todo me daba lo mismo porque tenía a Andrée.

Andrée crecía y se iba haciendo más fuerte; dejé de pensar que podía morir, pero me amenazaba otro peligro: el colegio no veía con buenos ojos nuestra amistad. Andrée era una alumna brillante; si la primera de la clase seguía siendo yo, era porque ella desdeñaba serlo; yo admiraba su desenvoltura sin ser capaz de imitarla. Sin embargo, Andrée había perdido el favor de las señoritas. Les pa-